

Bibliographica Americana

Revista Interdisciplinaria de Estudios Coloniales

DICIEMBRE 2013



9



Número 9 – diciembre de 2013

ISSN: 1668-3684

<http://www.bn.gov.ar/revistabibliographicaamericana>

**UN VÍVIDO RETRATO DEL IMPERIO BRITÁNICO Y SUS POSIBLES
APORTES A LA HISTORIOGRAFÍA COLONIAL HISPANOAMERICANA**

Lucas Rebagliati

CONICET – Universidad de Buenos Aires

lucasrebagliati@hotmail.com



Programa Nacional de Bibliografía Colonial

Biblioteca Nacional Mariano Moreno

Buenos Aires, República Argentina

UN VÍVIDO RETRATO DEL IMPERIO BRITÁNICO Y SUS POSIBLES APORTES A LA HISTORIOGRAFÍA COLONIAL HISPANOAMERICANA

Nota sobre el libro de Richard Gott, *El imperio británico. Resistencia, represión y rebeliones, el otro lado de la historia*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2013, 610 páginas. ISBN 978-987-614-396-7.

Lucas Rebagliati

Recibido: 15 de julio de 2013

Aceptado: 15 de octubre de 2013

En 1867 Karl Marx afirmaba en el capítulo más célebre de *El Capital* que la acumulación originaria llevada a cabo por unos pocos países de Europa occidental desde el siglo XVI conllevaba saqueos, matanzas y esclavizaciones a lo largo y ancho del mundo entero. La exhaustiva obra de Richard Gott – aparecida en 2011 en inglés y traducida recientemente– hace justicia a semejante afirmación. El autor se propone demostrar que el imperio británico durante el período 1750-1858 se nutrió de la violencia sistemática y de repetidas atrocidades para someter a las poblaciones conquistadas. Sin embargo, en el relato del autor, las sociedades que sufrieron las “aventuras” militares de una las potencias más poderosas de la época estuvieron lejos de asistir como espectadores pasivos a estas anexiones territoriales. Por el contrario, resistieron y tomaron repetidamente las armas para defender su tierra, a veces con éxito y otras no tanto.

Es la primera vez que Richard Gott, historiador y periodista del diario *The Guardian*, incursiona en la historia moderna. Sus anteriores libros habían tratado sobre las guerrillas latinoamericanas, Cuba y Hugo Chaves. Sin embargo, su notoriedad pública no se basa exclusivamente en estas obras sino en su destacada militancia a favor de que Inglaterra restituya las Islas Malvinas al estado argentino. Esta posición, que ha hecho pública y mantenido durante décadas, le ha valido el repudio de muchos actores políticos de Inglaterra y de las Islas. De este modo, cobra sentido su interés por la historia imperial de su propio país. En momentos en que Inglaterra dice respetar a rajatabla la opinión de los isleños, Gott muestra cómo la rubia Albión nunca consultó los deseos de los pobladores a la hora de hacerse de posesiones coloniales durante los siglos XVII y XIX.

En la *Introducción* el autor explicita el combate historiográfico que se apresta a protagonizar. Dicha batalla se libra contra la visión tradicional que impera en la sociedad inglesa actual, la cual concibe que el imperio británico fue un proyecto progresista destinado a llevar los frutos de la civilización a pueblos atrasados y “salvajes”. Esta misión civilizadora habría sido llevada a cabo según esta postura con una gran dosis de colaboración por parte de las elites locales y con un mínimo de coerción por parte de los agentes del imperio. Ya hemos mencionado que Gott —en contraposición a esta versión autojustificatoria y complaciente— va a resaltar las atrocidades cometidas por Inglaterra en su afán de conquista, con el objetivo de que en el futuro los gobernantes británicos de esa época sean equiparados a los dictadores del siglo XX. El segundo eje que atraviesa toda la obra es la agencia histórica de los oprimidos por el imperio, los cuales lucharon denodadamente contra la imposición de un dominio colonial no deseado. De esta forma, desfilan en obstinada resistencia campesinos irlandeses, nobles hindúes, colonos blancos de América del Norte o Ciudad del Cabo, comunidades indígenas de varios continentes, esclavos y cimarrones del Caribe, etc.

No es nuestro objetivo sintetizar la multitud de revueltas y rebeliones retratadas por el autor, sino hacer una serie de observaciones críticas de tipo general sobre la obra, y luego señalar qué puede aportar para los estudiosos de la realidad colonial hispanoamericana la lectura de *El imperio británico...* La obra se compone de diez partes ordenadas según un criterio cronológico, y más de sesenta breves capítulos que describen episodios concretos de resistencia a los intentos colonizadores ingleses. Al ser un libro de síntesis y no un estudio de caso, el autor se vale mayoritariamente de numerosos estudios previos de los sucesos estudiados, aunque también encuentran su lugar en el relato las voces de muchos militares británicos que dejaron sus impresiones sobre las zonas que tuvieron que conquistar y “pacificar”. Sobre los méritos de la obra, en primer lugar, es para destacar el enorme y logrado trabajo de síntesis realizado. En momentos en que la disciplina histórica se ha hiperespecializado en pos de ganar rigurosidad, los trabajos de objetivos amplios —tanto temporales como geográficos— son bienvenidos. Esta síntesis, producto del trabajo de largos años, no solo es satisfactoria sino que además la prosa de la obra es envidiable, lo que hace que su lectura sea muy llevadera y acerque sus aportes a un público amplio como claramente se propuso el autor. También proporciona un cúmulo de material empírico formidable que difícilmente pueda ser ignorado de aquí en adelante.

Otro acierto es el período escogido. Frecuentemente ha sido objeto de atención de los historiadores la etapa abierta con el llamado “nuevo imperialismo” a fines del siglo XIX, que incluyó la conquista de buena parte de África y Asia. La obra de Gott vuelve a poner el acento en el período previo conocido como “el segundo imperio británico”. En este momento se sentaron las bases de la expansión posterior, cuando Inglaterra se convertiría en el imperio donde nunca se ponía el sol. La unidad de análisis adoptada también rinde sus esperados frutos. Gott muestra como acontecimientos que se sucedían en un rincón del imperio

tenían sus consecuencias inmediatas en otros lugares del mundo. La extensión del imperio y las continuas rebeliones provocaban que cuando algún gobernador militar solicitaba refuerzos a la metrópoli, ésta no pudiera satisfacer dichos requerimientos. A modo de ejemplo, a principios del siglo XIX el accionar de las milicias criollas en Buenos Aires, o el avance de las tropas napoleónicas en España, al concitar el desvío de recursos militares ingleses a estas zonas, generaban condiciones favorables para la rebelión de los Xhosas en el sur de África o la resistencia exitosa de Mohamed Alí en Egipto. El libro da cuenta de los cambiantes intereses geoestratégicos de las potencias, y de las iniciativas de grupos sociales específicos de Oceanía, América, África y Asia que a menudo frustraban estas intenciones.

¿Qué se le puede criticar a la obra? El relato ofrecido es eminentemente cronológico y acontecimental, hecho dictado en alguna medida por el objeto de estudio –las resistencias al imperio británico–. La obra seguramente se hubiera beneficiado por algún análisis sincrónico, en pos de ordenar cada tanto los casos presentados. Con excepción de la introducción donde los movimientos de resistencia son clasificados en base a cuatro tipos –en el transcurso del relato luego se agrega un quinto–, los análisis explicativos brillan por su ausencia a lo largo de los cientos de páginas y prima el afán descriptivo. A este déficit de análisis explicativos se le suma cierta vaguedad terminológica o conceptual. En el relato ofrecido los vocablos “rebeliones”, “revueltas” y “levantamientos” son utilizados como sinónimos, opción que sin duda no contribuye a distinguir entre tipos de resistencia muy distintos entre sí y con diferentes alcances.¹

El lector especializado no encontrará ninguna mención ni diálogo con algunas corrientes historiográficas provenientes de los ámbitos académicos. Por ejemplo, Gott pasa por alto a los autores que desde hace décadas han venido estudiando y debatiendo acerca de las causas de la expansión europea de ultramar. Es cierto que la mayoría de los estudiosos se han centrado en las postrimerías del siglo XIX,² pero toda una corriente crítica con los estudios marxistas sobre el tema ha resaltado la continuidad entre el “nuevo imperialismo” y el viejo a lo largo de todo el siglo XIX, enfatizando el importante rol jugado por las elites locales ya sea colaborando o resistiendo al dominio imperial británico.³

A veces no quedan claras o se hace difícil de distinguir en la obra los móviles y los sectores sociales específicos que propiciaron la expansión imperial británica. La corona británica, los intereses económicos y las ambiciones de militares ansiosos por hacer carrera son presentados como un frente homogéneo y sin fisuras a lo largo de un siglo entero. Pero al repasar los acontecimientos descriptos en algunas ocasiones se puede entrever un mayor interés geoestratégico, en otros un mayor peso de los factores económicos, y algunas aventuras militares que en principio contaban con poco respaldo y apoyo de la corona británica, como la primera invasión al Río de la Plata en 1806. También es claro que al analizar el papel jugado por las elites locales el autor detalla minuciosamente los episodios de resistencia y menciona al pasar los pactos de colaboración que sustentaron la dominación colonial, ya que el mismo se encarga de aclarar que *El*

imperio británico... “no es una historia del imperio, sino una historia de quienes no deseaban participar del proyecto imperial”.

¿Qué puede aportar la lectura del libro de Gott para los estudiosos de la vida colonial hispanoamericana? Creemos que mucho. Ello implica hacer uso de un método –la comparación– que fue despreciado por la historiografía de fines del siglo XIX en su afán de sacralizar a la historia como la ciencia de lo particular y lo irrepetible. Hoy en día, el diálogo con otras ciencias sociales ha acercado a los historiadores a los conceptos y los métodos de antropólogos y sociólogos en pos de ampliar nuestra capacidad explicativa de los fenómenos históricos (Burke 2007). Antes que nada, conviene realizar algunas aclaraciones sobre lo que distingue a ambos objetos de estudio. El imperio colonial inglés –durante el período tratado por Richard Gott– claramente se encontraba en una fase de expansión y consolidación. La mayoría de las rebeliones retratadas por el historiador inglés son revueltas que intentaban resistir una imposición efectiva del dominio colonial. Los dominios coloniales británicos de antigua data incluían Irlanda, las trece colonias de América del Norte, Canadá, unas islas en el Caribe y una serie de factorías o enclaves comerciales en Asia, y durante el siglo mencionado la corona se expandiría por el interior de la India, conquistaría Australia y Nueva Zelanda, en forma transitoria muchas islas del caribe, junto con territorios de África y Asia. El imperio español era de mayor extensión y, por el contrario, se hallaba bastante consolidado una vez conquistados los principales imperios precolombinos y fundadas una serie de ciudades a lo largo de toda la América continental. Para el siglo XVIII ya se había desprendido de sus dominios europeos (como los Países Bajos, Milán y Nápoles), y seguía conservando –además de buena parte de América– Filipinas y algunas islas del Pacífico. Pese a ello, los inicios del siglo XIX verían el súbito desmoronamiento de las colonias españolas de ultramar, mientras que el imperio británico para la misma época había perdido únicamente sus trece colonias en América del Norte, y continuaba expandiéndose en otros lugares del planeta.

Otra diferencia significativa era el grado de modernización económica exhibido por cada metrópoli. Numerosas investigaciones han explicado el atraso español durante el siglo XVIII, diagnóstico compartido por la dinastía borbónica reinante. En Inglaterra, por el contrario, una temprana revolución burguesa en el siglo XVII había posibilitado un proceso de acumulación originaria e industrialización en el cual la adquisición de mercados externos jugó un papel central. La consecuencia de esta disparidad fue la capacidad de la corona británica de sacar provecho económico de muchos territorios mediante el comercio sin necesidad de establecer un dominio político directo, tal como ocurrió en China o en América del sur una vez independizada de España. Esto ha sido llamado “imperio informal” o “imperialismo de librecambio”. Las producciones artesanales nativas no tenían forma de competir en costos con las manufacturas inglesas. España en cambio, para obtener ventajas comerciales necesitaba aferrarse a un sistema comercial monopólico que lejos de impulsar su industrialización, solo servía para que se apropiara

de millones de kilos de plata y oro transformándose en intermediaria entre sus dominios americanos y el mercado mundial.

A pesar de estas diferencias, las similitudes entre ambos imperios no fueron pocas. Entre ellas podemos mencionar cuatro, la superioridad tecnológica y las enfermedades como factores centrales a la hora de explicar el avance colonizador, las matanzas y atrocidades cometidas por los ejércitos invasores, la formación de alianzas estratégicas con comunidades locales y la formación de ejércitos numerosos compuestos en su mayoría por población nativa. El relato de Gott sobre la conquista inglesa de América del Norte, Australia o Nueva Zelanda muestra que la pólvora en manos europeas y la propagación de enfermedades –intencionada en algunos casos– hicieron lo suyo para posibilitar que pequeños destacamentos se impongan sobre poblaciones de millares de personas. La desigual batalla entre “los mosquetes y las lanzas” iba a caracterizar la conquista tanto del imperio azteca como del imperio inca, así como la difusión de ciertas enfermedades como la viruela sería una de las causas fundamentales del brutal descenso demográfico, junto con las matanzas ejemplificadoras y los trabajos forzados (Wachtel 1976).

La violencia perpetrada por las tropas imperiales británicas revestía distintas formas. Podía consistir en verdaderas campañas de exterminio de poblaciones originarias, con el declarado objetivo de hacer desaparecer comunidades enteras como ocurrió en América del Norte, Australia o África. Pero también la violencia podía ser selectiva y estar dirigida a reprimir movimientos de resistencia al imperio, ejecutando a los líderes de las revueltas o trasladando forzosamente a miles de rebeldes a colonias penales de ultramar como Australia o Sierra Leona. Las matanzas masivas protagonizadas por españoles en América no fueron pocas y a los líderes rebeldes también les esperaba la muerte en caso de fracasar. La horca, las decapitaciones y los descuartizamientos se hicieron presentes cuando el estado colonial juzgó a los líderes derrotados de las rebeliones, siendo los casos más resonantes los de Túpac Amaru, Túpac Katari y sus respectivas familias.

Los militares ingleses fueron hábiles y conscientes negociadores que entendían la necesidad de contar con apoyos locales para poder ir avanzando sobre territorios hostiles y combatir a comunidades opuestas a su dominio. En América del norte trabaron relaciones amistosas con los iroqueses para combatir a los delawares y shawnees, y en India apoyaron a ciertos nobles en oposición a otros para integrarlos a la estructura imperial. Una vez consolidada la conquista, llegaba la hora de asegurar el orden, lo cual se lograba con guarniciones militares permanentes y el reclutamiento de tropas nativas como los famosos cipayos que se contaban por miles –llegando a ser la mayoría de las tropas “británicas”– o los batallones de negros libres destinados a ahogar las rebeliones de esclavos y cimarrones en el Caribe.

Es conocida la alianza de Cortés con los totonecas y los tlaxcaltecas en su avance hacia Tenochtitlan, y los pactos que unieron a Francisco Pizarro con comunidades que deseaban sacudirse la dominación inca (Todorov 1987; Stern 1986). Estas alianzas perduraron posteriormente, cuando muchos kurakas o

caciques fueron los encargados de recaudar el tributo o asegurar la realización de la mita garantizando la mano de obra indígena e incorporándose a la estructura de poder colonial. El ejército español en América ha sido objeto de atención recién en las últimas décadas y quienes han estudiado su composición han resaltado que los criollos o nacidos en América eran mayoría a fines del siglo XVIII, producto de la política borbónica de encargar a sus súbditos americanos la defensa del imperio frente a las amenazas externas e internas (Marchena Fernández 2003). Pero aquí terminan las coincidencias entre ambos ejércitos. El Ejército regular español era claramente insuficiente para defender y vigilar la vastedad de territorios y poblaciones bajo control de la corona. Era escaso en número, estaba disperso en extremo y tenía dificultades para concentrar fuerzas ante cualquier rebelión que pudiera desatarse. Así y todo fue eficaz para reprimir varias revueltas de consideración a fines del siglo XVIII pero luego fue incapaz de repeler invasiones de otras potencias en algunos de sus dominios, y claramente fue impotente frente a los movimientos independentistas que se desataron a partir de 1810 (Mc Farlane 2008). El ejército británico era más numeroso, controlaba dominios menos extensos y por las vías de abastecimiento marítimo podía concentrar decenas de miles de hombres en poco tiempo en un solo lugar.

Si en la actualidad el imperio británico de antaño tiene sus mitos justificadores, el extinto imperio colonial español no carece de ellos. En el ámbito académico, numerosos autores han postulado que el desembarco español en continente americano tuvo exclusivamente motivaciones religiosas y éticas, en abierto desafío a la llamada “leyenda negra” sobre la conquista de América. Según estos autores, la corona española habría buscado extender el reino de la justicia a sus posesiones ultramarinas, protegiendo a los indígenas frente a los excesos de las elites locales. La colaboración de las elites locales, la existencia de una cultura jurídica compartida por vastos sectores sociales y la multitud de movimientos que al grito de “viva el rey, muera el mal gobierno” focalizaban sus críticas en los funcionarios y no en la máxima cabeza de la monarquía, han sido señalados como argumentos de peso para sostener que la relación entre España y las demás partes integrantes de la monarquía no era de carácter colonial. Por el contrario, según esta visión las comunidades americanas serían “reinos” o “provincias” de ultramar pero no colonias.⁴ No es nuestra intención debatir con esta postura en su conjunto, aunque sí señalar que dicha imagen sólo podía aspirar a tener un tinte de credibilidad si se obviaban aspectos fundamentales y visibles de la inserción forzada de América dentro de las estructuras políticas de la metrópoli. Nos referimos a las cruentas guerras de conquista que doblegaron a las comunidades indígenas, al sistema socioeconómico implantado que estaba orientado a la extracción de metales preciosos y que desestructuró la vida de millones de personas, y a las numerosas rebeliones que suscitó el dominio colonial.

¿Existe alguna obra exhaustiva que dé cuenta de las rebeliones al imperio colonial español durante el siglo XVIII y principios del XIX? Semejante esfuerzo de síntesis no ha sido realizado por la historiografía colonial hispanoamericana, aunque sí hay numerosos estudios de caso y algunos artículos de tipo

comparativo y clasificatorio de las rebeliones protagonizadas por distintos grupos durante el siglo XVIII (Moreno Yañez 2000; Laviana Cuetos 1986; O'Phelan Godoy 1984). Richard Gott distingue en su obra cinco tipos de rebeliones al imperio británico: levantamientos de poblaciones indígenas ante la llegada de colonos blancos y sus planes de exterminio, revueltas de pueblos obligados a tributar a la corona y formar parte del imperio, sublevaciones de esclavos y cimarrones, motines de los soldados de los ejércitos imperiales —principalmente cipayos—, y rebeliones de colonos blancos que anteriormente habían sido colaboradores con el poder imperial. Como toda categorización, la tipología propuesta por Gott es en alguna medida arbitraria y dista de ser la única posible. Pero creemos que es un buen punto de partida y dado que nuestro objetivo es la comparación, la utilizaremos para hacer algunas observaciones sobre las resistencias que suscitó el colonialismo español en América durante el período que comprende desde la asunción de la dinastía borbónica al trono hasta la consumación de la independencia hispanoamericana con la rendición del Callao (1700-1826). Antes que nada, debemos hacer dos aclaraciones. Tomando prestado el enfoque de Richard Gott, nos concentraremos en las rebeliones o movimientos violentos y armados que desafiaron con distinta intensidad el dominio colonial. Por lo tanto, quedarán fuera de nuestro análisis toda una serie de estrategias de “adaptación en resistencia” o resistencia pasiva⁵ que la historiografía ha demostrado que desplegaban indígenas y esclavos entre otros, tales como el trabajo a desgano, el robo, las fugas, la recurrencia a la justicia, etc., en un intento por resistir y al mismo tiempo adaptarse a las duras condiciones de vida impuestas (Stern 1990, 25-45; De la Fuente 2004).

En segundo término, partiremos de una definición amplia de lo que significa una protesta anticolonial. Ella no implica necesariamente un rechazo al rey de España, sino que también entendemos como anticoloniales aquellas acciones que cuestionaban los pilares o las bases sobre las que se sostenía el dominio colonial. Éstos eran la supremacía de los “españoles” y la consiguiente subordinación de indígenas, mestizos, negros y mulatos, la obediencia y respeto a las autoridades coloniales, y la estructuración de sistemas económicos y fiscales orientados a enviar el excedente producido en las colonias a la metrópoli. Como lo ha expresado Sinclair Thomson, la conciencia anticolonial se expresaba en “manifestaciones que resisten, desestabilizan o modifican formas de dominación colonial” proponiendo, entre otras cosas, la expulsión de colonos europeos, la autonomía indígena, la desobediencia a las autoridades coloniales y el control de las tierras y otros recursos (Thomson, 2003).

A inicios del siglo XVIII la conquista española en América ya estaba afianzada en forma considerable. Las resistencias a la llegada de los españoles —que eran el primer tipo de insurrección delineada por Gott— habían sido derrotadas en los siglos anteriores y los colonizadores habían podido establecer una serie de ciudades permanentes como sedes del poder político y económico. El brutal descenso demográfico, que muchos autores con razón equiparan a un genocidio, ya estaba consumado, sobre todo en la región del Caribe y en los territorios que controlaban los grandes imperios precolombinos. Para el período que

delineamos existía un repunte demográfico. Más al sur, los indígenas de los valles calchaquíes –luego de resistirse por más de un siglo– ya habían sido derrotados en un gran alzamiento que duró décadas en el siglo anterior, siendo muchas parcialidades enviadas a lugares distantes de donde habitaban (Lorandi 2000). Aún así, los territorios controlados por el poder colonial estaban rodeados, en muchos casos, de comunidades indígenas que formalmente se mantenían independientes del dominio metropolitano. Tal era el caso de las parcialidades que habitaban el Chaco, la región patagónica o el sur de lo que después sería Chile por poner algunos ejemplos. Contra las parcialidades que habitaban la región chaqueña las autoridades enviaron durante el siglo XVIII varias expediciones punitivas, aunque sin mucho éxito, en lo que fue llamada la “guerra del Chaco”. La relación de la corona, los poblados fronterizos y las comunidades indígenas no conquistadas de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba o Mendoza sería cambiante, y estaría caracterizada por la disputa por recursos como el ganado. Hasta las década de 1780, los famosos malones y la consiguiente militarización de la frontera serían moneda corriente aunque luego se consolidaría una política de pactos de paz e intercambios mercantiles (Fradkin, Garavaglia 2009, 111-133). Este repaso por la frontera meridional del imperio quedaría incompleto si no mencionáramos los conflictos bélicos que asolaron a la región del Bío Bío. Los enfrentamientos militares derivados de dos grandes rebeliones mapuches producidas en 1723-1726 y 1766-1771 eran alternados por períodos de relativa paz producto de la firma de tratados entre las parcialidades indígenas y las autoridades coloniales. Otra región de frontera que se convirtió en escenario de sublevaciones de indígenas no conquistados fue la zona norte del Virreinato de Nueva España. Los indios de Colotlan, los Cora, los Yaquis, los Pimas, y los Seris, entre otras comunidades, tuvieron sendos enfrentamientos con las autoridades coloniales a lo largo del siglo XVIII (Moreno Yañez 2000).

En síntesis, las rebeliones de comunidades indígenas no conquistadas que buscaron repeler la llegada y asentamiento de colonos europeos durante el largo siglo XVIII en Hispanoamérica fueron menos numerosas que en siglos anteriores y se situaron en las fronteras o márgenes del imperio. Los tratados con los que culminaban muchas de estas rebeliones daban lugar a períodos de paz y estabilidad que eran interrumpidos por el estallido de nuevos conflictos. El desmoronamiento del imperio español en América no vería en muchos casos a estas comunidades indígenas alineadas automáticamente con el bando revolucionario, sino que primaría una actitud pragmática, abierta a todas las posibilidades y con móviles distintos a los que tenían las elites revolucionarias (Ratto 2008).

En contrapartida, el segundo tipo de revuelta propuesto por el historiador inglés abunda en la historia de Hispanoamérica en el siglo previo a su independencia. En los Andes –una de las dos grandes áreas de población originaria– las comunidades indígenas protagonizaron una serie de revueltas que culminaron en el desafío anticolonial más peligroso que experimentó la dominación española en sus trescientos años de historia. Nos referimos a la gran insurrección de los años 1780-1781 que tuvo tres epicentros: Tomás

Katari en Chayanta, José Gabriel Condorcanqui –Túpac Amaru II– en El Cuzco, y Julián Apaza Nina –Túpac Katari– en La Paz.⁶ Estos tres levantamientos masivos no expresaron una anomalía de la vida colonial americana sino que condensaron una experiencia de décadas de conciencia y movilización anticolonial en la zona andina que provocó revueltas menores y localizadas desde los inicios de la centuria. Los ecos de estos levantamientos se hicieron sentir hasta en la ciudad de Tucumán hacia el sur y Nueva Granada hacia el norte. Las más de cien rebeliones que protagonizaron comunidades indígenas de los actuales Perú y Bolivia durante el período 1720-1790 han llevado a un autor a denominar esta época como “La era de la insurrección andina” (Stern 1990, 50). Otra autora eleva el número de revueltas y rebeliones a ciento cuarenta y distingue tres ciclos en los que se insertan estos movimientos. Primero el gobierno del Virrey marqués de Castelfuerte (1724- 1736), en segundo lugar la etapa abierta con legalización del reparto de mercancías (1751- 1756), y por último la puesta en práctica de las ciertas reformas de tipo fiscal a partir de 1777 (O’Phelan Godoy 2012). Los numerosos movimientos anticoloniales indígenas a lo largo y ancho del Virreinato del Perú durante el siglo XVIII y en parte del Virreinato del Río de la Plata se dirigieron contra los sistemas fiscales, el clero, las élites indígenas colaboradoras y las autoridades de las minas, obrajes y haciendas. Otros se originaron por conflictos en torno a la tierra (O’Phelan Godoy 1984).

El otro área de una gran densidad poblacional indígena, Mesoamérica, pese a no evidenciar rebeliones indígenas de la magnitud de las que se experimentaron en los Andes, también fue un frecuente escenario de revueltas y movimientos de resistencia indígena. Los tzetzales y zendales de Chiapas se movilizaron en 1712, los pericúes entre 1734 y 1737 y los mayas en 1761 (Schroeder 1990). Las revueltas locales de las comunidades campesinas del centro y sur de México fueron endémicas durante el siglo XVIII –llegando al número de ciento cuarenta y dos– y pese a no atacar al sistema colonial en su conjunto o cuestionar la figura del rey de España, en su mayor parte eligieron como blanco de sus ataques a funcionarios o instituciones coloniales (Taylor 1987). En Guatemala y en la Audiencia de Quito también se registraron sublevaciones de campesinos indígenas (Moreno Yañez 2000).

La coyuntura revolucionaria abierta en 1810 fue un momento aprovechado también por los indígenas de algunas de estas regiones. Los movimientos independentistas de Hidalgo y Morelos contaron con un importante protagonismo indígena⁷, y guerrillas indígenas en el Alto Perú sirvieron de apoyo a los ejércitos revolucionarios enviados desde Buenos Aires (Soux 2008). Cualquier recuento de los levantamientos indígenas de la época no podría dejar de mencionar tampoco la “guerra guaraníca”, en la cual fue necesaria la acción conjunta de los ejércitos de España y Portugal para doblegar a los guaraníes que se negaban a irse de las misiones. La batalla final dejó como saldo 1500 indígenas muertos (Quarleri 2009, Wilde 2009).

¿Qué podemos decir sobre el tercer tipo de rebelión esbozado por el autor? Al respecto hay que tener en cuenta que si bien existían esclavos en todas las sociedades hispanoamericanas, muy pocas de ellas eran verdaderamente esclavistas. Mayoritariamente en las islas y costas del Caribe que eran colonias españolas se configuraron verdaderas economías de plantación con una gran proporción de población esclava. Allí se dieron frecuentes rebeliones de esclavos y movimientos rebeldes de negros y mulatos libres como los que azotaron a la isla de Cuba entre 1790 y 1840, Caracas –1749 y 1797–, Coro–1795– y Maracaibo –1799– en Venezuela (García 2011; Gómez 2008). En haciendas de Perú y de Quito donde se concentraba fuerza de trabajo esclava también se produjeron levantamientos. La fuga de los esclavos derivaba en la formación de comunidades cimarronas independientes del control colonial como los palenques en Cuba y Colombia, y los cumbes venezolano (Price 1981). En ocasión de la crisis metropolitana iniciada en 1808 los esclavos y las “castas” libres emergerían con una agenda propia, buscando fundamentalmente alcanzar su libertad y la igualdad civil con los “blancos” (Gómez 2008; Lasso 2008). La naturaleza de la esclavitud hispanoamericana, con las excepciones ya mencionadas, no alentaba rebeliones de gran magnitud. La esclavitud a jornal de carácter urbano, unida a una relativa integración social y capacidad de emanciparse de su condición, en comparación con los esclavos de las colonias inglesas, provocaron que la resistencia más frecuente fuera individual y adoptara otras formas como recurrir a la justicia o a la fuga. Aún así, las promesas de libertad proclamadas por la Revolución Francesa no solo fueron una radical inspiración para los levantamientos de los esclavos de la zona del Caribe sino que sus ecos se hicieron sentir entre los esclavos que habitaban los puntos más australes del imperio, como Buenos Aires o Mendoza (Johnson 2011; Bragoni 2010).

Los motines de los cipayos enrolados en los ejércitos imperiales británicos también habían sido señalados por Gott como una de las formas que asumía la resistencia al proyecto imperial. En el caso hispanoamericano, lo corona había delegado en milicias locales la defensa de las fronteras y la lucha contra el indio. La carga que representaba este deber miliciano recaía mayoritariamente sobre sectores subalternos que en ocasiones dejaban oír su descontento con esta situación. Milicianos santiagueños se levantaron en armas en 1734, en 1752 siguieron su ejemplo catamarqueños y riojanos, y en 1764 se desató un motín miliciano en Corrientes que tuvo hondas consecuencias durante varios meses (Fradkin, Garavaglia 2009, 153-177; Birolo 2011). Igualmente en Hispanoamérica no hay ningún levantamiento comparable con la “gran rebelión” cipaya de 1857-1858 que se produjo en la India, la cual fue el desafío más extendido que sufrió el imperio británico en la más grande de sus colonias, ocasionando una reformulación importante del dominio político de esta región.⁸

Hemos dejado para el final lo que Richard Gott denomina “rebeliones de colonos blancos” y que en el caso particular que analiza hace referencia a las pretensiones independentistas de los colonos que habitaban las trece colonias de América del Norte, el sur de África y Australia. En el caso

hispanoamericano, creemos que la categoría no logra dar cuenta satisfactoriamente de toda una serie de sucesos que vamos a describir más adelante. En primer lugar, porque aquellos sectores que pertenecían a los estratos altos de la sociedad colonial y que protagonizan distintos episodios de resistencia a las políticas emanadas de la metrópoli en muchos casos ya habían dejado de ser “colonos” hacía tiempo, puesto que habían nacido en suelo americano. En segundo término, pese a ser cierto que éstos grupos eran considerados “españoles”, lo cual implicaba cumplir con el criterio de pureza de sangre y ser tenidos por “blancos”, tampoco es menos real que las colonias hispanoamericanas, a diferencia de las anglosajonas, se caracterizaron por un mestizaje significativo. Ha sido constatado que las líneas de demarcación entre indígenas, negros y blancos en Hispanoamérica no eran tan claras como en las trece colonias o las islas del Caribe bajo órbita inglesa.⁹ Por eso preferimos la denominación “elites locales” para hacer referencia a aquellos sectores descendientes de los colonizadores o de nuevos inmigrantes que eran parte esencial de la estructura colonial y que concentraban buena parte del poder político y económico en las colonias.

La relación entre las elites locales y la corona estuvo marcada desde el inicio de la colonización por serias desavenencias que podían culminar en enfrentamientos armados. Basta recordar la ejecución del primer Virrey enviado a estas tierras a manos de Gonzalo Pizarro a mediados del siglo XVI. Los sucesos de esta “rebelión de encomenderos” fueron una lección para la casa de los Austrias, la cual durante el resto de su reinado aprendería que para gobernar sus vastos dominios debía resignarse a que las elites locales conservaran una cuota importante de autonomía y margen de acción. Esto fue interpretado por algunos autores como una primera independencia o “emancipación informal” de América con respecto a España.¹⁰ La “Pax hispánica colonial” sin embargo se vería turbada por parte de las elites en acontecimientos como la “Rebelión comunera” de Paraguay de los años 1720-1735 y la resistencia de Juan Francisco de León en la provincia de Caracas –1749-1752–. Con posterioridad a estos sucesos los levantamientos de las elites locales contra el gobierno peninsular pueden dividirse en base a dos ciclos históricos. En primer lugar, toda una serie de movimientos pusieron en tela de juicio el afán borbónico por incrementar el control político y la exacción financiera sobre las colonias. En esta línea pueden entenderse la “Rebelión de los barrios” de Quito de 1765, la rebelión de los comuneros de Nueva Granada de 1781 y los motines en La Plata en 1782 y 1785 (Mc Farlane 2004; Phelan 2009; Serulnikov 2008). En todos estos episodios en menor o mayor medida estuvieron implicadas las elites de los respectivos lugares en que sucedieron los acontecimientos. Las elites de México y Perú también se contaron entre las más opositoras a la implementación de las reformas borbónicas (Gelman 2000).

La segunda etapa está caracterizada por las iniciativas de las elites locales de algunas regiones que cuestionaron el pacto colonial mediante la formación de juntas que gobernaban en nombre de Fernando VII. Este proceso se abre con la crisis peninsular de 1808, da un salto cualitativo en 1810 y culmina finalmente con la rendición del Callao, el último bastión realista. El consenso historiográfico actual

sostiene que la formación de juntas que gobernaban en representación de Fernando VII, buscaba reformular el pacto que unía a los territorios americanos con la metrópoli, aspirando a ganar mayor autonomía en el marco de la monarquía, y que la voluntad de independencia absoluta solo circulaba en sectores minoritarios (Chiaramonte 2008; Goldman 2009; Halperin Donghi 1985; Guerra 1992; Rodríguez 1996; Portillo Valdés 2006). Entre las iniciativas independentistas aisladas se encuentran la conspiración de la Guaira de 1797, el desembarco de Francisco de Miranda en costas venezolanas en 1806, y la formación de círculos conspirativos como el integrado por los hermanos Rodríguez Peña en Buenos Aires a principios del siglo XIX. Estos proyectos estarían condenadas al fracaso en un principio. La dinámica de los acontecimientos propia del proceso revolucionario sería la causante del desenlace independentista de los sucesos que se inician en 1808. Para concluir, podemos afirmar que los movimientos rebeldes de las elites locales en Hispanoamérica son mucho más numerosos que las escasas rebeliones de colonos blancos que sufriría el imperio británico en la misma época, fenómeno esperable dada la pérdida por parte de España de casi todas sus colonias americanas en el período.¹¹ Un capítulo aparte merece la rebelión de los colonos franceses de Nueva Orleans de 1768, quienes expulsaron al gobernador que había enviado la corona española luego de la adquisición de la Luisiana occidental por parte de España tras la culminación de la guerra de los Siete Años.

La tipología propuesta por Richard Gott en su análisis de las rebeliones al imperio británico presenta otros dos problemas al momento de querer aplicarla al espacio hispanoamericano colonial. En primer lugar, en Hispanoamérica existía un sector socio-étnico cuya significación y peso demográfico no tiene parangón en comparación con lo que ocurría en las colonias inglesas. Nos referimos a los mestizos, quienes protagonizarían no pocas revueltas anticoloniales. Los mestizos representaban a fines de la época colonial el 30 % de la población, muy por encima de los “españoles” y los negros, siendo el segundo grupo en importancia luego de los indígenas —45 %— (Sánchez-Albornoz 1990). Integrantes de ese vasto mundo del “bajo pueblo”, los mestizos en alianza con blancos pobres y mulatos se movilizarían en contra de nuevas cargas tributarias en muchas de las revueltas en las que las elites locales también estuvieron implicadas, como las rebeliones comuneras paraguayas o la rebelión de los barrios ya mencionadas. En los numerosos motines populares urbanos y rurales que se produjeron en la época, los mestizos aparecieron en escena. Protestas de este tipo se dieron en Cochabamba, Arequipa, La Paz, Huamanga y Quito entre otras ciudades (Laviana Cuetos 1986).

El segundo inconveniente está dado por el hecho de que las cinco categorías de movimientos de resistencia están delineadas claramente en torno al grupo socio-étnico protagonista de dichas revueltas. Pero en Hispanoamérica muchas revueltas o rebeliones fueron policlasistas, es decir intervinieron en ellas las elites en conjunto con plebeyos, indígenas, mestizos, mulatos y hasta esclavos. Ello es visible en las rebeliones indígenas de la década de 1780, en los motines populares del siglo XVIII, y en los intentos

autonomistas de las elites que se sucedieron desde 1808 (Serulnikov 2008). Incluso la noción de plebe, utilizada para dar cuenta de los sectores subalternos urbanos escapa a cualquier definición rígida, ya que la misma comprende un sector muy heterogéneo en términos ocupacionales y multiétnico, que lo que tiene en común es su situación de dependencia con respecto a los “vecinos” o la “gente decente” (Di Meglio 2006). Las acciones de las clases populares se multiplicaron desde 1808 producto del vacío de poder, acompañando las iniciativas de las elites, y pese a ser muy diversas, compartían una serie de rasgos en común: el resentimiento a los españoles, la aspiración a la igualdad jurídica y, en el caso de los indígenas, la búsqueda de autonomía (Di Meglio 2012).

Otras cuestiones ameritarían un tratamiento mucho más extenso, pero exceden los tópicos que nos interesaba señalar en esta ocasión. Nos referimos por ejemplo a la capacidad que exhibió la corona española en algunas coyunturas específicas para forjar alianzas y movilizar en su favor a grupos locales tanto para el mantenimiento del imperio en épocas de relativa paz como para aplastar rebeliones que atentaban contra su dominio.¹² También han sido objeto de debate las motivaciones de los distintos grupos en coyunturas específicas y la existencia de una agenda propia de los sectores subalternos a diferencia del programa de las elites (Van Young 2006; Guardino 2010).

La historiografía colonial hispanoamericana ha postulado –y con razón– que la autoridad de la corona en sus dominios americanos era débil y que el régimen colonial se caracterizaba por ser flexible y otorgar una autonomía importante a las elites locales. Se ha resaltado también acertadamente que la corona apelaba a recortar parte del poder de estas elites concediendo algunas reivindicaciones a los sectores subalternos que soportaban todo el peso y las cargas de la arquitectura colonial. Ello llevó a muchos autores a sobreestimar el papel que el consenso jugó en un pacto colonial flexible que buscaba cierto equilibrio entre distintos sectores sociales. Así, fueron buscadas las causas de los procesos independentistas en procesos ajenos y externos a las sociedades coloniales. En forma reciente, algunos autores han señalado que para lograr una satisfactoria comprensión del desmoronamiento del imperio colonial español americano es necesario ampliar la mirada que sitúa el origen del proceso en 1808 y reduce las causas del mismo a la crisis metropolitana desatada por la invasión napoleónica a España. Ello implica adoptar una perspectiva de largo alcance y desentrañar también los conflictos sociales, económicos, raciales y regionales de larga data que atravesaban a las sociedades coloniales, en pos de explicar la forma en la que se expresaron en la coyuntura revolucionaria (Serulnikov 2010a; Fradkin 2010). Compartimos este último diagnóstico. Quizá sea hora de volver a poner el acento en la violencia estructural de la sociedad colonial, en los variados y diversos intentos que distintos grupos realizaron para sacudirse el dominio metropolitano y en las brutales respuestas que la corona reservó para quienes osaran cuestionar su autoridad.¹³

En este sentido *El imperio británico...* es un ejemplo estimulante a seguir. El libro se inscribe dentro de una larga tradición anglosajona de *radical history* destinada a combinar el rigor científico que los ámbitos académicos tanto reclaman, con el retrato claro y conciso de la visión de los vencidos, sus frecuentes derrotas y sus heroicas victorias. Entre las obras de este tipo se destacan el pionero *Los jacobinos negros* de C.R.L. James, *Enterrad mi corazón en Wounded Knee* de Dee Brown, *La otra historia de los Estados Unidos* de Howard Zinn y *La Hidra de la revolución* de Peter Linebaugh y Marcus Rediker.¹⁴ El reciente libro de Richard Gott nada tiene que envidiarle a las obras de estos autores. Simplemente ha transitado un camino ya delineado por ellos para mostrarnos nuevamente la importancia que puede tener un libro de historia como arma –según la expresión de Manuel Moreno Fraginals– en las luchas políticas actuales.

Bibliografía

- Anzoategui, T. 2000. Las indias ¿Provincias, reinos o colonias? A propósito del planteo de Zorroaquin Becú. *Revista de Historia del Derecho*, 28: 76-136.
- Bernard, C. 2005. De colonialismos e imperios: respuesta a Annick Lempérière. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Debates. En línea : <http://nuevomundo.revues.org/438> ; DOI : 10.4000/nuevomundo.438
- Birolo, P. 2011. Política y movilizaciones militares en Corrientes. Un episodio de insubordinación miliciana, 1764-1766. *Mimeo*, ponencia presentada en las “XIII Jornadas Interescuelas y/o Departamentos de Historia”, Catamarca.
- Bragoni, B. 2010. Esclavos insurrectos en tiempos de revolución (Cuyo 1812). *Negros de la Patria, Los afrodescendientes en la lucha por la independencia en el antiguo Virreinato* editado por Mallo, S. y Telesca, I. Buenos Aires: Ediciones SB, pp. 113-130.
- Brown, D. 2012. *Enterrad mi corazón en Wounded Knee*. Madrid: Fondo de Cultura Económica (Ed. Original 1970).
- Bujarin, N. 1971. *La economía mundial y el imperialismo*. Buenos Aires: Cuadernos de pasado y presente (Ed. Original 1915).
- Burke, P. 2007. *Historia y teoría social*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Chiaromonte, J. C. 2008. Autonomía e independencia en el Río de la Plata, 1808-1810. *Historia Mexicana*, V. LVIII, n° 229: 325-368.
- De la Fuente, A. 2004. La esclavitud, la ley y la reclamación de derechos en Cuba: repensando el debate de Tannembaum. *Debate y perspectivas. Cuadernos de Historia y Ciencias Sociales*, n° 4: 7-23.
- Di Meglio, G. 2006. *¡Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución de Mayo y el rosismo*. Buenos Aires: Prometeo.
- , 2012. La causa y las causas. La participación popular en las revoluciones iberoamericanas, 1808-1816. *Mimeo*, Ponencia presentada en las Jornadas de debate “Coyunturas críticas y movilización popular en el largo siglo XIX”, Buenos Aires.
- Fradkin, R. 2010. Los actores de la revolución y el orden social. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, n° 33, 3° Serie: 79-90.
- Fradkin, R., Garavaglia, J. C. 2009. *La Argentina colonial. El Río de la Plata entre los siglos XVI y XIX*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno, 2009.
- Garavaglia, J. C. 2005. La cuestión colonial. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Debates, En línea: <http://nuevomundo.revues.org/441> ; DOI : 10.4000/nuevomundo.441.
- García, G. 2011. Conspiraciones y revueltas: La resistencia de los negros en Cuba (1790-1845). *Vida cotidiana de los negros en Hispanoamérica* editado por Goldberg, M. Disponible en http://www.larramendi.es/i18n/catalogo_imagenes/grupo.cmd?path=1000208.
- Gelman, J. 2000. La lucha por el control del estado. Administración y elites coloniales en Hispanoamérica. *Historia General de América Latina*, Volumen IV, dirigido por Tándeter, E. España, Ediciones Unesco/Editorial Trotta, pp. 251-264.

- Goldman, N. 2009. *¡El pueblo quiere saber de qué se trata! Historia oculta de la Revolución de Mayo*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Gómez, A. E. 2008. La revolución de Caracas desde abajo. *Nuevo mundo mundos nuevos*, Debates. En línea: <http://nuevomundo.revues.org/32982>.
- Guardino, P. 2010. Los campesinos mexicanos y la guerra de independencia. Un recorrido historiográfico. *Tzintzun, Revista de Estudios Históricos*, n° 51: 13-36.
- Guerra, F. X. 1992. *Modernidad e independencias*, Madrid: Editorial Mapfre.
- Halperin Donghi, T. 1985. *Reforma y disolución de los imperios ibéricos, 1750-1850*. Madrid: Alianza Editorial.
- Hilferding, R. 1985. *El capital financiero*. Madrid: Tecnos (Ed. Original 1910).
- Hobson, J. A. 1981. *Estudio del imperialismo*. Madrid: Alianza (Ed. Original 1902).
- James, C.R.L. 2003. *Los jacobinos negros. Toussaint L'Ouverture y la Revolución de Haití*. Madrid: Fondo de Cultura Económica (Ed. Original 1938).
- Johnson, L. 2011. *Workshop of Revolution. Plebeian Buenos Aires and the Atlantic World, 1776-1810*. Durham and London: Duke University Press.
- Katz, F. (Comp.). 1990. *Revolución, rebelión y revolución. La lucha rural en México, del siglo XVI al siglo XX*. México: Era.
- Lasso, M. 2008. El día de la independencia: una revisión necesaria. Acción política afro-colombiana y narrativas patrióticas criollas, Cartagena, 1809-1815. *Nuevo mundo, mundos nuevos*, Debates. En línea: <http://nuevomundo.revues.org/32872>.
- Laviana Cuetos, M. L. 1986. Movimientos subversivos en la América Española durante el siglo XVIII. Clasificación general y bibliografía básica. *Revista de Indias*, Vol. XLVI, n° 178: 471-507.
- Lempérière, A. 2005. La 'cuestión colonial'. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, Debates. En línea: <http://nuevomundo.revues.org/437>; DOI : 10.4000/nuevomundo.437.
- Lenin, V.I. 1974. *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*. Buenos Aires: Editorial Anteo (Ed. Original 1906).
- Levene, R. 1951. *Las indias no eran colonias*. Buenos Aires: Espasa Calpe.
- Linebaugh, P., Rediker, M. 2000. *La Hidra de la Revolución. Marineros, esclavos y campesinos en la historia oculta del Atlántico*. Barcelona: Crítica.
- Luxemburgo, R. 1967. *La acumulación de capital*. México: Grijalbo (Ed. Original 1913).
- Lewin, B. 2004. *La rebelión de Túpac Amaru y los orígenes de la Independencia de Hispanoamérica*. Buenos Aires: Sociedad Editora Latino Americana (Edición original 1943).
- Lorandi, A. M. 2000. Las rebeliones indígenas. *Nueva Historia Argentina*, tomo II, dirigido por Tándeter, E. Buenos Aires: Sudamericana, pp. 285-331.
- Lynch, J. 2010. *Las revoluciones Hispanoamericanas 1808-1826*. Barcelona: Ariel.
- Macleod, M. J. 1998. Some thoughts on the Pax Colonial, Colonial Violence, and Perceptions of Both. *Native resistance and the pax colonial in New Spain*, editado por Schroeder, S. Lincoln and London: University of Nebraska Press, pp. 129-143.
- Marchena Fernández, J. 2003. La expresión de la guerra: El poder colonial. El ejército y la crisis del régimen colonial. *Historia de América Latina*, Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, Vol. 4, pp. 79-128.

- Mc Farlane, A. 2004. 'La rebelión de los barrios': una insurrección urbana en el Quito borbónico. *Revolución en las ciudades: políticas populares en América Latina*, editado por Arrom, S. M. y Ortoll, S. México: Biblioteca de Signos (No.27), pp. 31-82.
- , 2008. Los ejércitos coloniales y la crisis del imperio español, 1808-1810. *Historia Mexicana*, n° 229: 229-288.
- Moreno Yañez, S. E. 2000. Motines, revueltas y rebeliones en Hispanoamérica. *Historia General de América Latina*, Volumen IV, dirigido por Tándeter, E. España: Ediciones Unesco/Editorial Trotta, pp. 423-459.
- O'Phelan Godoy, S. 1984. Hacia una tipología y un enfoque alternativo de las revueltas y rebeliones en el Perú colonial (siglo XVIII). *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas = Anuario de Historia de América Latina (JbLA)*, n° 21: 127-155.
- , 2012. *Un siglo de rebeliones anticoloniales. Perú y Bolivia 1700-1783*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Phelan, L. J. 2009. *El pueblo y el rey. La revolución comunera en Colombia, 1781*. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario.
- Portillo Valdés, J. M. 2006. *Crisis atlántica. Autonomía e independencia en la crisis de la monarquía hispana*. Madrid: Fundación Carolina Centro de Estudios Hispánicos e Iberoamericanos, Marcial Pons Historia.
- Price, R. (Comp.) 1981. *Sociedades cimarronas. Comunidades esclavas rebeldes en las Américas*. México: Siglo Veintiuno.
- Quarleri, L. 2009. *Rebelión y guerra en las fronteras del Plata. Guaraníes, jesuitas e imperios coloniales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Ratto, S. 2008. Los indios y la revolución en el Río de la Plata. El proceso independentista entre los indígenas soberanos de Pampa y Chaco. *Entre la colonia y la república. Insurgencias, rebeliones y cultura política en América del Sur*, editado por Bragoni, B. y Mata, S. E. Buenos Aires: Prometeo libros, pp. 143-169.
- Rodríguez, J. 1996. *La independencia de la América española*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Roger Louis, W. 1980. *El imperialismo (La controversia Robinson-Gallagher)*. México: Editorial Nueva Imagen.
- Sánchez-Albornoz, N. 1990. La población de la América colonial española. *Historia de América Latina, tomo 4. América Latina colonial: Población, sociedad y cultura*, editado por Bethell, L. Barcelona: Crítica, pp. 15-39.
- Schroeder, S. (Ed.). 1998. *Native resistance and the pax colonial in New Spain*. Lincoln and London: University of Nebraska Press.
- Scott, J. C. 2000. *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*. México: Ediciones Era.
- Serulnikov, S. 2006. *Conflictos sociales e insurrección en el mundo colonial andino. El norte de Potosí en el siglo XVIII*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- , 2008. Motines urbanos contra el ejército regular español. La Plata, 1782 y 1785. *Entre la colonia y la república. Insurgencias, rebeliones y cultura política en América del Sur*, editado por Bragoni, B. y Mata, S. E. Buenos Aires: Prometeo libros, pp. 95-125.
- , 2010a. En torno a los actores, la política y el orden social en la independencia hispanoamericana. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, en Línea <http://nuevomundo.revues.org/59668>.
- , 2010b. *Revolución en los Andes. La era de Túpac Amaru*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Soux, M. L. 2008. Los caudillos insurgentes en la región de Oruro: entre la sublevación indígena y el sistema de guerrillas. *Entre la colonia y la república. Insurgencias, rebeliones y cultura política en América del Sur*, editado por Bragoni, B. y Mata, S. E. Buenos Aires: Prometeo libros, pp. 125-142.

-
- Stern, S. 1986. *Los pueblos indígenas del Perú y el desafío de la Conquista Española*. Madrid: Alianza.
- (Comp.) 1990. *Resistencia, rebelión y conciencia campesina en los Andes, siglos XVIII al XX*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Tannembaum, F. 1972. *El negro en las Américas, esclavo y ciudadano*. Paidós: Buenos Aires.
- Taylor, W. 1987. *Embriaguez, homicidio y rebelión en las poblaciones coloniales mexicanas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Thomson, S. 2003. 'Cuando solo reinasen los indios'. Recuperando la variedad de proyectos anticoloniales entre los comuneros andinos (La Paz, 1740-1781). *Ya es otro tiempo el presente. Cuatro momentos de insurgencia indígena*, editado por Hylton, F., Patzi, F., Serulnikov, S. y Thomson, S. La Paz: Muela del Diablo Editores, pp. 39-77.
- Todorov, T. 1987. *La conquista de América. El problema del otro*. México: Siglo Veintiuno.
- Van Young, E. 1992. *La crisis del orden colonial. Estructura agraria y rebeliones populares de la Nueva España 1750-1821*. México: Alianza Editorial.
- *La otra rebelión. La lucha por la independencia de México, 1810-1821*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Wachtel, N. 1976. *Los vencidos: Los indios del Perú frente a la conquista española (1530-1570)*. Madrid: Alianza Editorial.
- Wilde, G. 2009. *Religión y poder en las misiones de guaraníes*. Buenos Aires: Editorial SB.
- Zinn, H. 1999. *La otra historia de los Estados Unidos*. México: Siglo Veintiuno Editores (Ed. Original 1980).

Notas

¹ Ver al respecto la interesante distinción realizada por Scarlett O'Phelan Godoy entre una "revuelta" y una "rebelión" (O'Phelan Godoy 1984). William Taylor para el caso de Nueva España ha distinguido entre las "rebeliones" y las "insurrecciones" (Taylor 1987). María Luisa Laviana Cuertos, por su parte, diferencia entre "sublevaciones" y "tumultos" (Laviana Cuertos 1986). La literatura que problematiza las causas de la protesta campesina, las rebeliones y las revoluciones es amplísima. Un útil estado de la cuestión ha sido elaborado por Eric Van Young (Van Young 2006).

² Si bien Lenin fue quien adquirió posteriormente notoriedad con su famoso y breve ensayo *El Imperialismo, etapa superior del capitalismo* en 1916, el marxismo exhibía ya toda una corriente destinada a abordar la expansión europea de fines del siglo XIX que incluía los estudios de Hilferding, Luxemburgo, Kautsky y Bujarin (Lenin 1974; Hilferding 1985; Luxemburgo 1967; Bujarin 1971). Igualmente, quien primero plantearía el núcleo de la interpretación económica del imperialismo, sería Hobson, alguien ajeno al marxismo (Hobson 1981).

³ La versión más representativa de esta postura es la de John Gallagher y Ronald Robinson. Para profundizar en los vaivenes de la producción historiográfica de ambos autores y el impacto de su obra en la historiografía ver la obra de Roger Louis (Roger Louis 1980).

⁴ Uno de los primeros en formular esta tesis fue Ricardo Levene hace ya varias décadas, aunque en los últimos años ha sido revitalizada por varios autores (Levene 1951; Rodríguez 1996; Portillo Valdés 2006). Un muy buen estado de la cuestión de la polémica en sus inicios es el elaborado por Tau Anzoategui (Anzoategui 2000). La cuestión ha sido objeto de debate recientemente también (Lempérière 2005; Garavaglia 2005; Bernand 2005).

⁵ También denominada "infrapolítica de los sectores subordinados" por James Scott. Dicho autor ha delineado los principales lineamientos teóricos de esta aproximación a las formas de resistencia de los sectores subalternos (Scott 2000).

⁶ El estudio clásico al respecto es el de Boleslao Lewin (Lewin 2000). La historiografía referida al estudio de estos movimientos ha avanzado considerablemente (O'Phelan Godoy 2012; Serulnikov 2006, 2010b).

⁷ Sobre la insurrección indígena en Nueva España durante el proceso independentista ver la obra de Van Young. Originalmente el autor daba un peso preponderante a los factores económicos a la hora de explicar la insurrección, aunque luego se inclinó por otorgar más importancia a las variables culturales (Van Young 1992, 2006).

⁸ La Compañía de las Indias Orientales, que hasta ese momento había gozado de autonomía no solo para comerciar con los principados de la región, sino también para gobernar, celebrar la paz y la guerra, y establecer guarniciones militares permanentes para asegurar sus intereses, fue desplazada por la corona. Luego de la gran rebelión la reina Victoria asumió el gobierno y nombró a un virrey.

⁹ Este aspecto ha sido resaltado en Frank Tannembaum (Tannembaum 1972). Muchas de sus hipótesis posteriormente fueron criticadas y matizadas (De la Fuente 2004).

¹⁰ (Lynch 2010). La primera edición del libro data de 1976, con posterioridad en otros escritos el autor matizó su posición.

¹¹ Hay que tener en cuenta que las elites locales de algunas regiones se mantuvieron fieles a la corona española, especialmente en aquellos lugares donde intensas movilizaciones populares habían puesto en entredicho las bases sobre las cuales se sustentaba su predominio económico y político, como en los virreinos de Nueva España y del Perú. A su vez, en todos los lugares donde se formaron juntas hubo sectores de las elites que resistieron a los nuevos cambios que se iban desarrollando. Principalmente, una de las líneas que empezó a separar dentro de las elites a los revolucionarios de los realistas fue la que distinguía a los "españoles" americanos de los "españoles" peninsulares.

¹² Un caso paradigmático fue el de los guaraníes que habitaban las misiones jesuitas. Convertidos en milicias del rey, se movilizaron en numerosas ocasiones para auxiliar a las autoridades coloniales en casos de rebeliones, y también protagonizaron incursiones contra indígenas no reducidos como los Charrúas. En el caso de la gran rebelión andina iniciada 1780, las elites criollas a medida que el movimiento se fue radicalizando hicieron causa común con las autoridades coloniales. Apenas treinta años después, en ocasión de la propiciada por la iniciativa autonomista de las elites locales los realistas también supieron renovar alianzas con sectores locales, y en algunos casos movilizaron a los indígenas y las castas en su favor, quienes tenían razones de sobra para desconfiar de los intereses de las dirigencias

revolucionarias. Los casos más resonantes fueron la alianza de las comunidades indígenas del sur de Chile con los realistas, y los llaneros de Tomás Boves que representaron la amenaza más seria al proyecto independentista de Bolívar.

¹³ En el mismo sentido pueden situarse los comentarios de Murdo Macleod (MacLeod 1998).

¹⁴ (James 2003; Brown 2012; Zinn 1999, Linebaugh, Rediker 2000).